

CUANDO SEAMOS VIENTO

CUANDO SEAMOS VIENTO

J.M. JAÉN BERNUZ



LABIRINTO

Título
Quando seamos viento

Autor
J.M. Jaén Bernuz

Edição
Editora Labirinto
Apartado 304 | 4820 – 909 Fafe
editoralabirinto@gmail.com

Paginação
Marta Toscano

Capa
Daniel Gonçalves

ISBN

Depósito Legal



*Quand tous les oiseaux du ciel
auront de leurs ailes
fini d'embrasser les vents
ils reviendront se poser
sur les branches du forets
qui rêvent de capturer les nuits
pour apprivoiser l'étrange¹.*

Le Souffleur de Sons

¹ *Cuando todos los pájaros del cielo/ hayan logrado con sus alas/ abrazar todos los vientos,/ volverán a posarse/ sobre las ramas de los bosques/ que sueñan atrapar las noches/ para domesticar lo extraño.*

Origen

*No puedo precisar en dónde
comenzó todo: hace edades o siglos
(siglos o edades
de irrompibles silencios).*

Julia Uceda

Origen

Al principio, el negro árbol del vacío
derramó sobre el silencio su manto
de leche, y las estrellas fueron canto
y luz de cuanto habitaba en el frío.

La nada, en su envidia, insufló con brío
en un astro un aire de escarcha y llanto,
y en su mundo azul despertó un espanto
de hielo y ceniza que trajo el hastío.

Un ruido ahogado, y opaco, y oscuro, y hueco
turbaba las cúspides de las sierras,
y hasta las raíces de las montañas,

y el corazón del cielo y las entrañas
y el latido del océano y su eco.
El clamor del primer hombre en la tierra

era un grito de guerra,
y su prole de hambre y ceguera extrañas
convertiría el tiempo en cauce seco.

La voz

Voz que de la muerte el silencio quiebra,
relámpago que espolea la médula
del miedo y el tiempo atrapa en una trémula
arritmia con la verdad que vertebra.

Oye, mundo, la aflicción que celebra
arrastrarse a través de cada célula
de vida como el rumor de la cópula
de insectos que su inmundo cuerpo enhebra.

La sangre era que de la tierra baña
el rostro, del dulce sexo violado
de sus hijos muertos la simiente huera,

de la luz era el vacío que ardiera
entre las estrellas, bestia que extraña
a su prole de futuro eclipsado.

El cielo está preñado
de verbos que llueven patria y bandera
y hombres cuya sangre la tierra empaña.

El mundo era desnudo, y sólo yo miraba.
Francisco Brines

El mundo era desnudo en su inocencia,
aún en su raíz cruenta, se alzaba
de silencio vertebrado y lloraba
en silencio su indeseada herencia.

Bajo el sol dios brillaba por su ausencia,
prodigios y veleidades creaba
la naturaleza en tanto espumaba
el absurdo su terrible indigencia.

La Vieja Madre, entre huellas informes,
halló que el olvido era un monstruo mudo
y que en su abrazo el tiempo estaba muerto.

Boca a boca dio a sus hijos injertos
de luz y esquejes de memoria enormes,
que el hombre retorció en un sucio nudo.

El mundo era desnudo.
Sólo yo miraba su útero abierto
que alumbró a dios y su risa deforme.

El bosque susurra su nombre

El bosque susurra al viento su nombre,
 el río borbotea ecos de muerte,
 y el mar contempla cómo el cielo vierte
 las voces de quienes descubren al hombre.

No hay historia, que se repita, que asombre,
 pues ya antes fue contada en una suerte
 de obscuro círculo que el tiempo invierte
 por que la memoria lo desescombe.

¿Cuál fue tu venero, criatura extraña,
 en qué terruño te alzaste semilla?
 ¿En qué sombra se acunó tu secreto?

Tiembla el mundo en la duda ahora inquieto,
 pues bestias se derraman de su entraña
 que a toda luz hincarán de rodillas,

sabe que el miedo brilla
 en la córnea de su orbe al completo
 cuando el hombre se convierte en guadaña.

¡Oh, tierra!

Estrellas rutilando en la negrura;
 la soledad del tiempo es inmensa.
 El silencio de la noche condensa
 el temor a un mundo ahora locura

y olvido que ciegan a tu criatura.
 El cedazo de los cielos dispensa
 una terca lluvia que no compensa
 la oscura luz que en su pecho fulgura.

En el légamo gris de la ignorancia
 se arrastran seres de su misma esencia.
 ¡Oh, tierra, desde el vientre al pecho abierta!,

¿acaso no encuentra su alma desierta
 consuelo a esa triste beligerancia
 que el vacío convirtiera en demencia?

¡Despecha su indigencia!
 El tiempo atempera el tiempo, ¡despierta!
 ¡Oh tierra, oh madre, oh vetusta abundancia!

Mira el mundo

Cuando mira el mundo, no es lo que mira.
Los animales le otorgaron ojos
pero una llama negra hecha de abrojos
preña su mirada de una extraña ira.

Cuando mira el mundo, ve que no gira
en torno a sí ni atiende a sus antojos,
que de la siembra recoge despojos,
y convierte los dones en mentira:

obvia que el búho le habló de la vida,
el lobo de la noche y la tormenta,
y la serpiente le enseñó la tierra,

los oídos al azul del mar cierra,
del cielo y del viento la voz olvida,
y con las plumas de un ave ornamenta

los sueños que ahuyenta
una pesadilla de nombre guerra,
un horror que en su oscura boca anida.

Mañana de niebla

Mañana de niebla. La noche oculta
sus últimas huellas tras las encinas.
Animales salvajes se aglutinan
ante los restos de la presa estulta.

Un cuervo ríe y sus ojos sepulta
en la luz moribunda que imagina
pronta su muerte y de rabia abomina
de la hora en que la luna dificulta

amar esta vida bajo su influjo.
Nada deja atrás la mirada yerma
del ave carroñera que alza el vuelo

y su sombra olvido escupe al riachuelo
para que lo hiera espina de tamujo.
Seco lecho muestra el velo que merma,

donde la piedra se baña en la enferma
plata de un sol con las manos al cielo,
y suplica por la noche y su embrujo.

No hay abrigo en el estero sin maleza
— perro que huele sin levantar la testa
solo alcanza a ver el sol en la puesta —
y el viento al ocaso no abre la breza.

Nada en el bajío de la pereza
un cachorro manso que a miedo apesta.
Sal crece al maneto que no se apresta
por más que ame la herida que lo ateza.

El índigo se cierne turbio verde
en el enjuto caño de alegría
donde, por los caminos polvorientos,

no se ven los peligros encubiertos
ni olor que el curso del viento recuerde.
El agua hasta el cuello la boca ansía

y, sumido en la umbría
y farragosa lama, y siempre hambriento,
convierte la raza en virtud que muere.

Fábula de Arroyoscuro

La vida y la sucia catarsis que hace
del mundo tamiz de sombras a nada
recuerdan. El miedo llega en cascada;
un perro bebe y su raza deshace

en la sangre que se arracima en haces
de espanto donde cuelga su camada.
¡Baila el esparto! ¡Canta la enramada!,
y de la tierra un pájaro renace.

Penas ayea el negro arroyo a la hierba:
«que te quise ver, que te quiero verde»;
mas el pájaro orilló la piel de ella.

Muere el perro que por amor no muere;
de noche oscura es la leche de estrellas
que a los dos amantes de tiempo enferma:

el hambre huele sus huellas,
agua y sangre embullen en la caterva
de aullidos que anteceden a su muerte.

Baja mar y breña alta

Tiene la sed querencia de garganta
 igual que ama el arroyo la ladera,
 tiene la muerte hambre de primavera
 como ansía el hombre el tiempo que espanta.

Tiene el otoño una voz que quebranta
 como hiere la niebla la luz primera,
 tiene la vida el sueño por bandera
 igual que la mujer anhelos canta.

Y, como el cormorán cuando se aviene
 en el bajío a su naturaleza
 aristotélica y anida en la breña,

el cuervo calvo y sin cejas enseña
 que el arte del vuelo bajo no obtiene
 nunca el abrigo de la maleza.

¡Ay, exigua destreza
 del ave de ala corta que se empeña
 nadar el azul que no la sostiene!

La tarde arrastra sus tristes colores
 por veredas y terruños de un manso
 día que vence su luz al descanso
 y al silencio que lamen sus dolores.

Septiembre aún amasa los olores
 cálidos que humedecen el remanso
 donde los sueños de luna que amanso
 hunden su rostro en trémulos sopores.

El verano de las bestias se muere
 lento y la hoja que cae no conserva
 memoria o nostalgia del árbol muerto.

Vendrá el agua a verdear mi desierto,
 la lluvia a pudrir la madera que hiere
 mis noches y se retuerce, proterva,

cual serpiente que observa
 el escondrijo de su presa abierto,
 aunque la muerte desde el cielo no huele.

Noche extraña

Cuéntame noche extraña que me orillas
 por qué la vida que me inunda hendijas
 y cavas haces escombros de arijas,
 y en mi tierra siembras esta costilla.

Eres religión si amas de rodillas,
 pagana devoción a la verija
 que oscura arroya y la sangre me alija,
 violenta liturgia que ajas mi arcilla.

El yugo escúpelos al sumiso cuello
 de los bueyes, que el perro no rececha
 la hierba que orinas de sombría niebla.

Torna a la boca la sombra que tiembla
 en tu lengua y que lame a degüello
 la ceniza que mi garganta acecha.

¡Ven, noche!, a morir hecha
 lumbre de la mañana que me puebla,
 abrigo, créeme, de un parto bello.

Manso cachorro de luna y hambre

No extraña el perro tus harapos, noche,
 el torrente del parto de aguas tibias,
 el eco de la diástole que alivia
 lúnulas hechas de negros abroches,

o el látigo de estrellas, ¡qué derroche
 de luz!, sobre la piel muerta que entibia
 la ígnea herida que abre tu lascivia;
 no extraña, nunca, reclamo y reproche,

pues si extraños deudos son tiempo y muerte,
 que se citan como colmillo y carne
 pero se repudian en la vereda,

manso el cachorro de luna en la veda,
 que aunque salvaje aúlla solo verte,
 es en su luz, y no tu sombra, que arde.

Eres pasto de encarne
 que hiende la tierra con huellas acedas;
 no hay cachorro de hambre que quiera olerte.

Malverde

Malverde sé, noche, que quieres verme,
 espesura bajo tu trémulo hábito,
 jungla donde mi cuerpo pierde el hálito
 y donde tus fieras me huelen inerme.

Malverde me sé. Nostálgico duermo
 un beso de fauces que ahoga el tránsito
 de la sangre y con azules acónitos
 arrulla al cuervo que mi tierra yerme.

Del pan ácimo no come mi perro,
 ¡que solo husmea toronjas de luna,
 que no es tu negrura lo que rececha!

Cuencos de verdemar mi boca lecha
 en la profunda inquietud de tu entierro
 que solo engendra espigas de perruna.

Larga será la hambruna,
 y largo el olvido que te barbecha
 en tanto mi verde campo ara otro hierro.

Índigo

Siembra el yugo sobre los mansos cuellos
 herrumbre de acres nubes como endecha.
 La oscuridad del amo al perro acecha
 y en la muerte la vida es un destello.

Azul es la voz de los sueños bellos,
 que aman la única revolución hecha
 con sangre y que la luz primera lecha,
 vida, que se abre paso sin resuello.

Azul, el tiempo apresta sus legiones,
 esperanza y memoria de una raza
 cuya voz se levanta frente al miedo,

y el pasado ya no es predio y viñado
 de hueso y ceniza para las ficciones
 del cuervo que en su ojo la noche abraza.

La palabra entrelaza
 la idea y hecho que late con denuedo
 en el viento y en todos sus corazones.

Derroteros

El camino

Nos enseñaron a amar el destino,
aprendimos a entender que los cielos
invisibles no dejan huella en suelo,
e intuimos que no está escrito el camino.

Hilamos verso a verso nuestro sino
hendida la voz en vanos libelos
que a la tierra no ofrecieron consuelo
al vernos como animales zaínos.

Mintieron los espejos de aires graves
que huyen del tiempo que los oscurece.
Derramamos nuestra terrible prosa

-semilla de las verdades luctuosas-
donde arde el ruido blanco de las llaves
de una memoria que, triste, envejece

entre hierros que enjaece
la muerte, y ocultamos hasta la fosa,
que la vida nunca fue un irse suave

Uno con el sol

El niño nota el caos en las cosas,
la vida y su incomprensible maraña.
El viejo comprende que el tiempo extraña
incluso las tragedias más hermosas.

El viejo mira las tardes lluviosas
y ve la siembra que el futuro entraña.
El niño mira la tela de araña
y ve las aguas del pasado astrosas.

Ni el viejo ni el niño tienen dominio
sobre la muerte, pero hurgan la vida
en sus fronteras con sus tiernos dedos.

Ni el niño ni el viejo saben del miedo,
y no se someten al escrutinio
de otro cielo que aquel que les embrida

a la tierra florida,
los hace uno con el sol y su credo
de luz, que ilumina su raciocinio.

Luz

Esclavo de la noche y su indigente
sexo, juguete exangüe al abrigo
de un parto de aguas tristes y pan de higo,
el perro olvida raza, aullido y diente.

Desnudo frente a su dios inclemente,
su credo sabe mestizo, enemigo
que a cuatro patas lo quiere en castigo
por su amor a espíritus diferentes:

al cielo inmenso y a su azul rutilante,
cosmos y lecho de plata salina,
al viento cuya voz todo lo anima,

al mar, vida de la orilla a la sima,
piélago de espuma y seres errantes,
y a la tierra, en cuya lengua germina

luz de hebra cristalina,
que sacia el hambre y la sed que arracima
la mentira de dioses alienantes.

Primavera

«Afuera está la primavera inmunda²»,
 sucia la cara de viento y de tierra,
 abrojo de la eterna sed que aterra
 al hombre y lluvia que todo lo inunda.

Afuera está la luz siempre fecunda
 y su sombra, silencio que se aferra
 al tiempo cuando en su camino entierra
 a unos y a otras en la muerte profunda.

Afuera está la primavera triste
 sintiendo nostalgia de sus cachorros,
 libando la flor fantasma en el estero.

Ametrallando al ocaso el embero
 de aves en desbandada el cielo viste,
 y, cuando llegan los astros en corro,

acude en su socorro
 y a sus hijos susurra: «aquí os espero».
 Dentro de mí la esperanza resiste.

² *Silvina Ocampo.*

Antes la muerte

El tiempo es una hemorragia incesante
 bajo los pies de una huida que camina
 por sucios senderos de olvido y ruina
 que al hombre nunca parece bastante.

La tierra no sacia la sed constante
 de sus hijos en la lucha cetrina,
 y la balanza natural se inclina
 hacia un fin de cenizas humeantes.

Una sombra de impúdica ignorancia
 vaga en la sangre y puebla el mundo de hijos
 de la derrota, de la voz dormida.

El silencio precede a la caída,
 y, aunque piense amparado en su arrogancia
 que el cielo al que hiere le dará cobijo,

recuerda a aquel que dijo:
 «antes la muerte que perder la vida»,
 y sueña con el pulso de la infancia.

Desiertas las aceras

*Hermoso
era creer en las palabras. Vimos
correr la gente por la enorme acera.*
Julia Uceda

Las voces dentro mienten lo que callan,
se traviste la memoria indigente.
La Historia sigue rumiando indolente
la tierra con las guerras que se encallan.

Los cielos que los charcos ametrallan
encuentran besando, como un demente
acaricia el muro de su derrota, a la gente
la anilla de palabras que no estallan.

Ráidas de tiempo, en el viento ondean
banderas como harapos que zurcieran
a las arterias siglos de ignorancia.

Asidas a la patria y a su arrogancia,
donde los pasos del mundo flaquean,
se retuercen terribles las fronteras.

Desiertas las aceras,
¿qué lengua preñará de tolerancia
las calles que ahora el odio espolea?

Cenizas

La luz de la vida la tierra puebla,
y la muerte hundiendo cordilleras,
derramando tiempo por sus laderas,
en el miedo a la resiliencia tiembla.

Plata enferma de luz entre la niebla,
la mañana se arrastra en las aceras
y ante la orilla de la amnesia artera,
la memoria rehúye la tiniebla.

En la noche la cal de las fachadas
se humilla, pero el calor atestigua
la sangre que dentro bulle sin duelo.

Muros, quizás paredones, del suelo
crecen cual raíces abigarradas
en la casa del hombre que apacigua

sus temores, exigua
hornada de pan para el consuelo
prepara en las cenizas de la nada.

Choraj!
Terra!
Choraj!

*Flores anónimas brotam das órbitas dos mortos não recolhidos.
Crianças sem pele revoltas em anjo correndo
Como brinquedos partidos nas ruas primaveris.
A palidez do sol fundindo as peças deste quebra-cabeças animal.*

Fernando Ribeiro

El espacio muerto entre las estrellas

Cuando crece el silencio, nace el miedo;
los árboles danzan y se desprenden
de sus putrefactos frutos; comprenden
quienes los recogen entre sus dedos

que la tierra no se humilla a su credo.
En altares de estupro desaprenden
la luz, el viento verde y el agua que hienden
la vida que germina con desnudo.

Monstruos se derraman lentos, oriundos
del espacio muerto entre las estrellas,
y se hacen fuertes sed y hambre en la hormiga.

El campo y el sol se hunden en la fatiga
de tiempos que la avaricia hizo inmundos,
misericordia que montañas degüella,

el mañana desuella,
el cielo con fuego de guerra irriga
y los mares se arrastran moribundos.

Cuando el color del silencio se cierne
e irrumpe donde la esperanza anida
nadie sabe de la bala perdida,
de dónde viene y a qué cuerpo concierne.

A veces en el dolor se discierne
cierto atisbo a camino de salida,
un asidero en la larga caída
cuando la ardua sinrazón nos gobierne .

Pero, ¿y la tierra?, luciérnaga en la bruma,
¿qué catarsis se incendia en la espesura
de su vientre de piedra y aguaviento?

Aún hay asombro en su frágil aliento
de escombros, que en la boca crece y abruma;
balas de tiempo escupe con dulzura,

y con tierna premura
olvida que habremos de ser sarmiento
seco que en la memoria el viento inhuma.

Nadie

Si muriera el mañana quién nos dice
que sea sueño del pájaro el cielo,
o el viento la memoria de su vuelo:
la vida, luz que a la muerte desdice.

Si el tiempo no hallara donde enraíce,
sea la primavera sed del hielo
y el hambre de la tierra sin consuelo;
no hay muerte que la vida no eternice.

Nadie acierta a equilibrar la balanza,
nadie habla de lo que ya importa a nadie.
El mundo empequeñece en nuestras manos,

nadie conoce ya qué es ser humanos,
nadie discierne a construir la esperanza
de que seamos recuerdo y no nadie,

nadie conoce a nadie;
fue un error no imaginarnos hermanos:
nadie habrá que dé vida a esa añoranza.

La historia es la tumba de los perdedores

El mundo no cesa en su afán perjurio.
Difícil ver en tiempos venideros
flores que no aniden en vertederos:
la esperanza entre tanto claroscuro.

Bajo el cielo la lluvia besa el muro
y se escurre el miedo en los sumideros,
ciegos lechales en los mataderos
laman la podre espiga sin futuro.

En la esencia cruel de las pesadillas,
donde hasta los más pequeños terrores
son bonsáis con un perfecto ramaje

en manos de niños de aire salvaje
en el vientre de su madre hecho astillas,
olvida la historia a los perdedores.

No quedan escritores
que escupan la ceniza de un lenguaje
en el que exploten las alcantarillas.

Cuando seamos viento

La muerte llegará ignorando nuestra historia.

Juan Gómez Macías

*La muerte llegará, ciega y descalza,
no oiremos sus pisadas destructoras...
Nuestro sepulcro quedará en el viento.*

Julia Uceda

*Creo en el viento de la tarde que acaecerá en esa tarde
en que el mundo termine.*

Manuel Vilas

Creo en la tierra y en el viento, en la tarde
ahíta y falta de tiempo, barcaza
de sangre dorada como amenaza
del cielo a ese mundo que a sus pies arde.

Mundo en llamas, que callaste cobarde,
te amo mientras bulles tras tu mordaza;
entre escombros del fuego que te abraza,
mundo en llamas, te acabas sin alarde.

Creo en el fuego frío, ceniciento,
que acaecerá cuando el mundo inane
termine por consumirse en su nada.

Creo en la vida, injerto albo, sembrada
lejos del recuerdo de sus cimientos,
y en un tiempo, flor de siglos, que emane

de todo cuanto sane
la herida. Creo en la Tierra curada
cuando, como un sueño, seamos viento.

Cuando seamos viento

*Llegará el día, cuando seamos
viento, en que las nubes no recuerden
cuál era la forma de las hormigas.*
Anónimo

Cuando seamos viento y resuciten
las ascuas del verano, los secretos
que la noche cela serán cuartetos
de un poema que los astros reciten,

que agiten los mares y regurgiten
la sal de sus lágrimas en los quietos
andamiajes de este mundo obsoleto,
gritos que sus cimientos dinamiten.

Pobres animales en estampida,
humana anomalía temerosa
somos cuando la tierra se estremece.

Cuando seamos viento que enardece
la memoria de raza desleída
seremos solo una sombra ampulosa

que, entre ruinas borrosas
y el eco de una esfera que enmudece,
mendiga polvo y a sus hijos olvida.

Como un viento verde

...volveremos un día,
descalzos y abrazados en la niebla,
a caminar por esta playa
cuando seamos viento.
Luis García Montero

Regresar allí donde el mar solo alcanza
en la memoria del agua y las aves,
allí donde recuerdo y luz son naves
que se mecen en silenciosa danza.

Perderse como el animal que lanza
piedras al aire y espera sean llaves
para el futuro las que caigan graves
como siega de augurios en labranza.

Entre agaves ocres la luz se pierde,
duerme la sombra entre brotes de luna:
sin espacio para su omnívora hambre.

Entre la lluvia que unge la raigambre
florece la vida salvaje y muere
manzanas rojas en la noche bruna.

Regresar, por fortuna,
como el polen que ondea en el estambre,
a la tierra como un viento verde.

Esquejes de un nuevo tiempo

Metamorfosis

Y tras la emoción que trae un esqueje
de tiempo, el vuelo de las golondrinas
prende el cielo de estelas argentinas:
y la tierra rota retorna a su eje.

Un celaje vespertino entreteje
aguaceros y flores en las ruinas,
guirnaldas trenzadas de clavellinas
visten los huesos que el légamo teje.

En la metamorfosis de la piedra
y la espuma media tan solo una ola,
crisálida en la que sueña la arena.

Retornará el canto de la ballena
a florecer en el mar como la hiedra
y su silencio en la urbe sin corola

de luces ni aureola,
serán sus ojos una gran colmena
y su dulce miel la vida que medra.

J. M. Jaén Bernuz (Alcalá de los Gazules - Cádiz, España, 1975). Poeta y narrador, autor de los poemarios *Manual del buen sepulturero y otras tumbas de carne y verso* (Colección Alumbra de Poesía, Diputación Provincial de Cádiz, 2014), *Un millón de carpinteros que hacen ataúdes sin cruz*, XXII Premio de Poesía Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria (Ediciones La Palma, 2019), *Afonismos y otras formas de perder el tiempo*, I Certamen Internacional de Poesía “Ciudad de Lepe” - Premio Santiago Aguaded Landero, 2021) y *La soledad del francotirador* (Cazador de ratas, 2021). Sus versos han aparecido además en revistas como El Ático de los Gatos y Tántalo, así como en las antologías *Tamiz de sombras* (Asociación Cultural La Media Luneta, 2015) y *Sonetos del amor oscuro* (Viento Verde, 2018).

Rubiel G. Labarta (Holguín, Cuba, 1988). Poeta y narrador. ha publicado, entre otros, los libros de poemas *Los hijos de Caín* (Premio Pinos Nuevos, 2016), *Las regiones devastadas* (Premio Mangle Rojo, 2019), *País de humo* (Premio Hermanos Loynaz, 2019), *Plan para dos* (Premio Gesto/Cálamo, 2020), *Madera* (Premio Calendario, 2020), *Inventarios y cartografías* (Premio de la Ciudad de Holguín, 2020), *La humana arquitectura* (Premio Milanés, 2020), *De regreso a la estación vacía* (Premio Manuela López, 2020), *Apnea* (Premio Poesía de Primavera, 2021) y *Algún día vendrá la primavera* (Editorial Renacimiento, Premio de Letras Hispánicas de la Universidad de Sevilla ‘Rafael de Cozar’, 2023).

Índice

Origen

01. Origen,.....	13
02. La voz,.....	14
03. El mundo era desnudo en su inocencia,	15
04. El bosque susurra su nombre,	16
05. ¡Oh, tierra!,.....	17
06. Mira el mundo,	18
07. Mañana de niebla,	19
08. No hay abrigo en el estero sin maleza,	20
09. Fábula de Arroyoscuro,	21
10. Baja mar y breña alta,	22
11. La tarde arrastra sus tristes colores,.....	23
12. Noche extraña,.....	24
13. Manso cachorro de luna y hambre,	25
14. Malverde,.....	26
15. Índigo,.....	27

Derroteros

16. El camino,	31
17. Uno con el sol,	32
18. Luz,.....	33
19. Primavera,	34
20. Antes la muerte,	35
21. Desiertas las aceras,	36
22. Cenizas,	37

Choraj! Terra! Choraj!

23. El espacio muerto entre las estrellas,	43
24. Cuando el color del silencio se cierne,	44
25. Nadie,.....	45
26. La historia es la tumba de los perdedores,	46

Cuando seamos viento

27. Creo en la tierra y en el viento, en la tarde,	51
28. Cuando seamos viento,.....	52
29. Como un viento verde,	53

Esquejes de un nuevo tiempo

30. Metamorfosis,.....	57
------------------------	----

Editora Labirinto
Apartado 304
4820-909 Fafe

